CUENTOS PARA CITANIÑOS

LEER Y COLOREAR

BEATRIZ GONZÁLEZ

CMAMM-C
001
2011

CUENTOS PARA CITANIÑOS

LEER Y COLOREAR

Beatriz González

Beatriz y Daniel, 1971.

8 **LA NIÑA Y LA ZORRA**
Foto de Manuelhache
Reportaje de El Tiempo
El Tiempo –
Febrero de 1972

12 **LOS PERROS HUÉSPEDES**
Foto de Miguel Díaz
Reportaje de Eduardo Vargas
El Tiempo - Sábado 16
de junio de 1973

16 **UNA POLICÍA VOLUNTARIA**
Foto de Miguel Díaz
Reportaje de Olga Sarasti
El Tiempo – Viernes 8
de junio de 1973

20 **LAS MONERÍAS DE UNA MONA**
Foto de Parga
Reportaje de Kilian Guarín
El Tiempo – Sábado 10
de junio de 1973

24 **EL DRAMA DE RINO Y RENA**
Foto de El Tiempo
El Tiempo – Lunes 8
de mayo de 1972
Reportaje de Jair Serna
El Tiempo – Sábado 9
de septiembre de 1972
Reportaje de Rafael Salcedo

28 **REQUIEM POR UN PERRO**
Foto de Fabio Cardona
Reportaje de El Tiempo
El Tiempo – Miércoles 24
de mayo de 1972

32 **UN RÍO PARA UN PUENTE**
Foto de Caicedo
Reportaje de Kilian Guarín
El Tiempo – Miércoles 8
de marzo de 1972

36 **LA VIDA EN EL CUARTEL**
Foto de Gabriel Vanegas
El Tiempo – Agosto 13 de 1972
Reportaje de Brigitte Katz
Cromos – Julio 2 de 1973

Cuentos para Citaniños reúne una serie de dibujos y relatos que la artista Beatriz González realizó, entre los años 1972 y 1973, para presentarle a su hijo Daniel la ciudad y las historias que en ella transcurren.

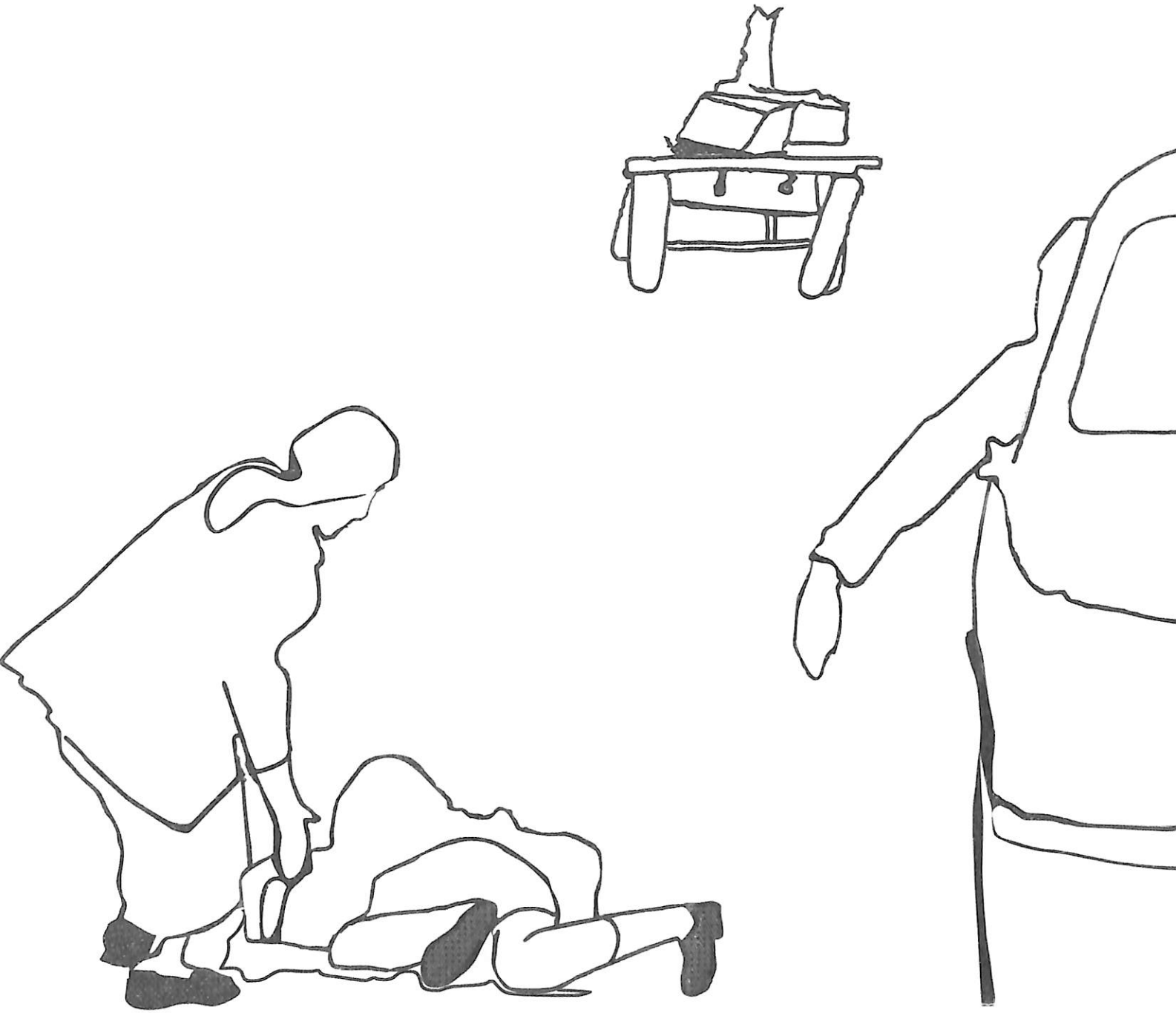
Ocho dibujos para coleccionar o colorear y sus respectivos relatos para disfrutar, editados por el MAMM con motivo de la exposición *Beatriz González. La comedia y la tragedia. Retrospectiva 1948 - 2010* para difundir su obra gráfica y su gusto por educar.

Disfruta de las historias de **La niña y la zorra**, **El Perro Fermín**, **La Mona Camila**, **El drama de Rino y Rena**, y los demás relatos que componen este libro.

Observa con detenimiento lo que sucede en la ciudad, descubre las historias que hay en la cotidianidad y anímate a escribir, dibujar y pintar.

Jorge Bejarano Barco
Director de Educación y Cultura
MAMM

LA NIÑA Y LA ZORRA

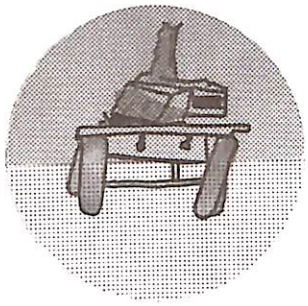


LA NIÑA Y LA ZORRA

Ayer los transeúntes de la carrera séptima vivieron momentos de angustia cuando la zorra conducida por la niña Luz Marina Vargas se desbocó por la calle y sólo se detuvo en la Avenida Caracas.

Luz Marina baja con su zorra todas las mañanas por una vía estrecha en forma de serpentina y se dirige a la calle de los restaurantes. Recoge los restos de la comida con que alimenta los cerdos y gallinas que hay en su casa. Siempre procura llegar temprano para ganarle de mano a los burros con angarillas que pueden subir y estacionar fácilmente en los andenes.

La yegüa Golondrina es un animal que ya conoce los sitios donde debe parar y esperar. Sabe que primero se encuentra el restaurante de los universitarios, donde casi no se demoran; que en el restaurante suizo hay una señora que le saca un poco de cáscaras de zanahoria y que el sitio



preferido por Luz Marina es el restaurante chino porque la comida tiene gran cantidad de verduras picadas, que alimentan mucho.

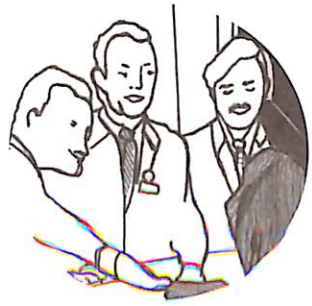
Allí precisamente se encontraba ayer cuando el gato que responde al nombre de "Chu", salió corriendo por entre las piernas del portero y dando un salto, rozó las ancas de la yegüa. Todo sucedió en un momento pero a Luz Marina le pareció que había sido mucho tiempo; Golondrina arrancó moviendo la cabeza para todos lados y al llegar a la carrera séptima, no hizo el pare, ni miró el semáforo, que afortunadamente estaba en verde, y se lanzó calle abajo sin detenerse. Luz Marina tiró de las riendas con toda su fuerza hasta que logró pararse y pedir auxilio pero fue despedida del comando de la zorra. Una señora la recogió del pavimento y la condujo a la droguería de don Saludero para curarle las raspaduras. Desde allí, ya repuesta del susto, vio como a lo lejos la zorra se detuvo cuando se le rompió una rueda.

LOS PERROS HUÉSPEDES

LOS PERROS HUÉSPEDES

Había que ver la otra cara del ceremonioso del Tequendama. Un enorme perro, del más puro pedegree de la raza Old English Sheep Dog, parecía pedir una habitación, allí, montado sobre el pulcro mostrador de mármol. A su lado, sonriente y regordete, la dueña del peludo y estirado can saludaba a la muchedumbre.

Y mientras tanto, los afables y diligentes botones bajaban de un Pick-up unas brillantes cajas de madera que ladraban a lo loco. El bochinche crecía y de pronto, a lo lejos, un Doverman salía del ascensor airoso y desfilaba por el corredor para mirar de cerca a los recién llegados; cuando los olía, se revolvían entre sus cajas, molestos.



Cumplidos los trámites hoteleros de rigor, cada perro iba subiendo a su habitación. Allí la cosa era más divertida. Cada dueño abría la caja y al fin, el Darling, Chu chu, chu, Tatatá, Nininí, Fufú, salían con el mareo natural que debe producir un viaje transoceánico.

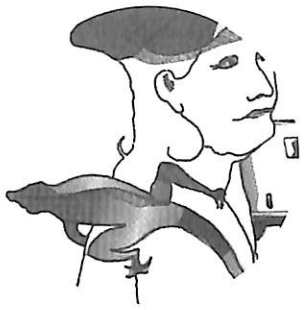
Estos son perros viajeros. En razón a los centenares de kilómetros acumulados para participar en eventos, la altura ya no les afecta. Vienen a participar en una exposición canina internacional y pasan la mayor parte del año viajando de hotel en hotel, de exposición en exposición, cosechando copitas, medallitas y diplomas para que el dueño las cuelgue encima sobre la chimenea.

UNA POLICÍA VOLUNTARIA

UNA POLICÍA VOLUNTARIA

No se asuste, señor transeúnte, que todo el mundo tiene su mascota. A Doña Julia le gustan los animales. Pero no los animales comunes que todo el mundo admira y acaricia con ternura. No, a ella le encanta sentir la sangre fría de su animalito de piel verde que le sube coquetamente por los brazos hasta acomodarse en sus hombros, desde donde estira su larga y flaca cola para comunicarle gratitud a su ama. El animalito verde proviene de una rancia familia, la de los antidiluvianos saurios, primeros habitantes de nuestro planeta.

"Es mi iguana favorita. Me acompaña a todas partes", afirma al tiempo que saca su cama y su abrigo. "Es que las iguanas tienen la sangre fría y deben vivir yertas todo el día, por eso le conseguí esta caja y estas cobijas para que se arrope. De alimento sólo



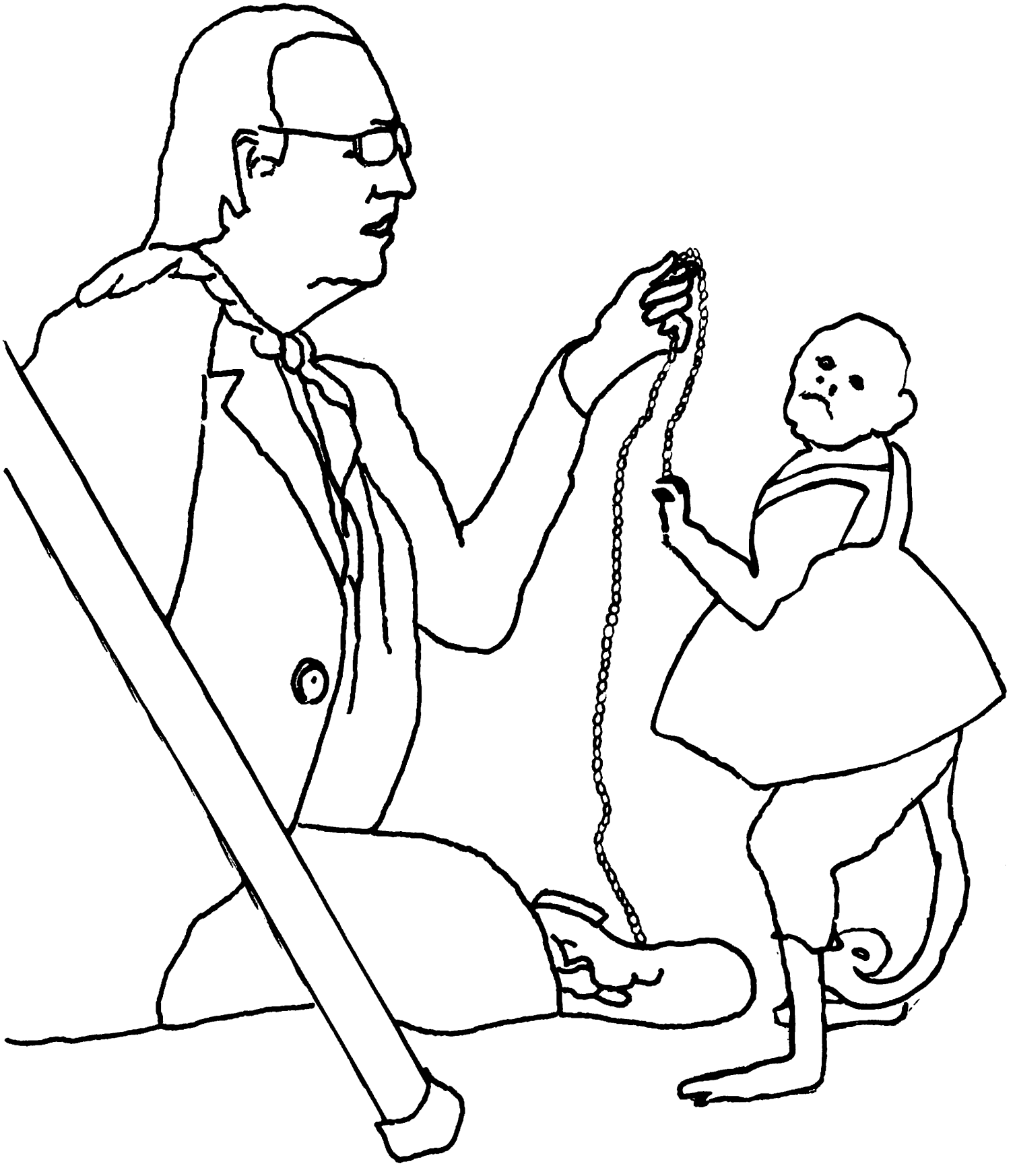
le puedo dar un poco de lechuga y verduras, pero cuando tengo plata le preparo tetero".

Pero fuera de tener esta extraña compañía, doña Julia se dedica a una actividad muy peculiar: es policía y cuida carros. Y con sus 45 años, su iguana al hombro, su cachucha azul y su pito de policía se gana la vida.

Hace mucho tiempo empezó embolando zapatos. Pero después le gustó el oficio de esos tipos que pitaban y manoteaban en el aire para que los carros les hicieran caso. Así que primero se puso a cuidar carros, y luego, cuando todos la conocían, se dirigió a la Circulación para que le dieran permiso de trabajar en paz.

Al comandante de la Circulación le cayó bien y le dio el pito y la gorra. Los policías la llaman colega y los carros siguen al pie de la letra sus instrucciones.

LAS MONERÍAS DE UNA MONA



LAS MONERÍAS DE UNA MONA

Antonio Villa es un hombre que en un desgraciado accidente quedó inválido de por vida. Ni corto ni perezoso Villa, se trasladó a Villavicencio y allí compró una mona cerrera. La bautizó Camila en remembranza de una parienta muy cercana.

En una casa de inquilinato en donde vive, Antonio Villa con paciencia ilímite, se dio a la tarea de educar a Camila. Miles de veces impartió ciertas órdenes. Tenía que aprender a bailar el bunde tolimense, a hacer venias, a dar saltos mortales, lo más importante a pedir plata, una vez que hubieran terminado sus monerías.

La tarea no fue fácil. Camila en dos oportunidades logró zafarse de sus cadenas y en un santiamén, como un rayo, se voló sobre los tejados de las casas vecinas.

"Pero mi Dios que lo ve todo y se compadece de sus cristianos–cuenta Villa–como si le impartiera órdenes desde arriba a mi adorada mica, hizo que ambas veces regresara a mi lado y como si se compadeciera de mis abundantes lágrimas, me abrasara tiernamente".

Desde tempranas horas se ubican alrededor del Cementerio Central. Camila hace una venia profunda, se coge el ruedo de su falda, da dos saltos y baila contorneándose alegremente. Antonio Villa, con voz cascada por los años, canta. Su indumentaria no puede ser más pintoresca: Un trapo rojo anudado a su arrugada garganta, un saco raído y sucio, chaleco sin botones y anudado con cabuyas, pantalones verdes de dril y unos inmensos guayos de soldado. Camila usa pantalones bombachos de pana roja, rayados y falta de gruesa tela, forrada con popelina verde.

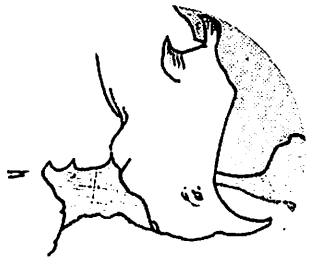
La mayor habilidad de Camila es la recaudación de monedas. Con propiedad increíble, terminado el acto, que se repite decenas de veces, se rasca las orejas, aplaude, toma del lado de su protegido una desocupada caja de sardinas y como cualquier monaguillo en misa de cinco, haciendo tintinear unas pocas monedas, da la vuelta al ruedo para pedir un premio a su arte de consumada saltimbanqui.

EL DRAMA DE RINO Y RENA

EL DRAMA DE RINO Y RENA

Dos rinocerontes blancos iniciaron cerca de un año lo que pudiera llamarse la vuelta al mundo hasta llegar al parque zoológico de Cali. Rino y Rena – esos son sus nombres de pila – fueron adquiridos en Alemania y colocados en el puerto de Hamburgo para ser embarcados. Allí permanecieron seis meses en cuarentena hasta que un funcionario alemán certificó que no eran portadores de ninguna enfermedad; sólo hasta entonces los representantes consulares aprobaron el envío. Su travesía en el mar y las jornadas de cargue y descargue fueron simples juegos en comparación de las vueltas que les esperaban en el puerto de Buenaventura para darles el visado a su pasaporte y permitirles habitar en las riveras del río Cali.

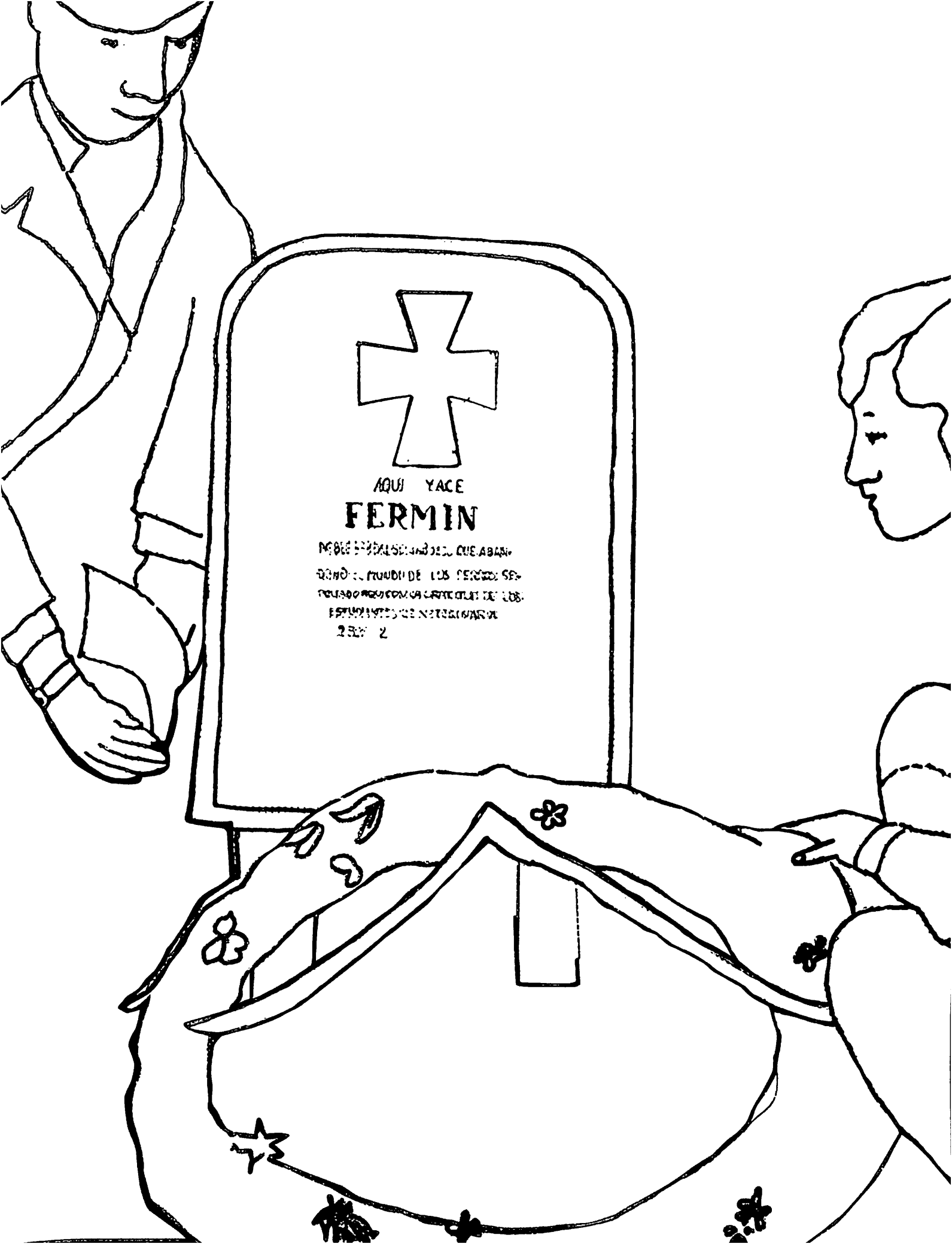
Su llegada al país se convirtió en un problema de estado pues la certificación de Alemania no tenía ningún valor ante los funcionarios colombianos y estas siete toneladas de animal debieron someterse de nuevo a cuarentena.



Así las cosas, se pidió al Ministro de Justicia su autorización para instalar a Rino y Rena en la isla prisión de Gorgona. Entre tanto, en el Ministerio de Agricultura se elaboraba el papeleo para aceptarlos como inmigrantes y en el Ministerio de Defensa se solicitaba su estadía en la Base Naval. Todos estos ajetreos no los resiste sino una mole.

Después de descansar por mucho tiempo, de juguetear en medio de marineros curiosos, pudieron finalmente ser embarcados en un tren, con destino a Cali. En la estación del ferrocarril fueron conducidos a una camioneta que se inclinó peligrosamente al recibir su peso y partieron hacia el zoológico en donde los esperaba una habitación con piscina privada. Allá los recibieron tres elefantes de la India, dos tigres de Bengala, tres venados y varios aristocráticos flamencos. Rino y Rena levantando sus pesadas cabezas, les miraron como diciendo: "Qué horror tanto papeleo!!".

REQUIEM POR UN PERRO


AQUI YACE
FERMIN

REQUIEM POR UN PERRO

La muerte de Fermín enlutó el sábado a los estudiantes de la Universidad Nacional. Ayer, con un entierro, en el que participó la más condolida delegación de alumnos y profesores, Fermín fue instalado ceremoniosamente en su última morada. "Noble e hidalgo", fueron los calificativos de la lápida. "Sepultando aquí con la gratitud de los estudiantes de Veterinaria", agregaba la inscripción.

La historia de Fermín comenzó el día en que éste – hace catorce años – apareció por la cafetería de la Universidad en momentos en que los estudiantes almorzaban. Sin pensarlo dos veces, se cuadró junto a la mesa donde comían tres alumnos de veterinaria que lo convirtieron en protegido y lo trasladaron a su facultad.

En su nuevo domicilio, Fermín, que se ganó de inmediato el cariño de alumnos y profesores y hasta celadores, recibía atenciones que hubiera envidiado el más fino de los perros. Almorzaba en la cafetería, dormía la siesta en las residencias femeninas y por la noche se trasladaba nuevamente a la facultad para ocupar su mullido rincón de sueños. Porque sin ser fino, reunía las cualidades de los Pastor, San Bernardo, Fox Terrier, Dálmata y otros canes de alcurnia.

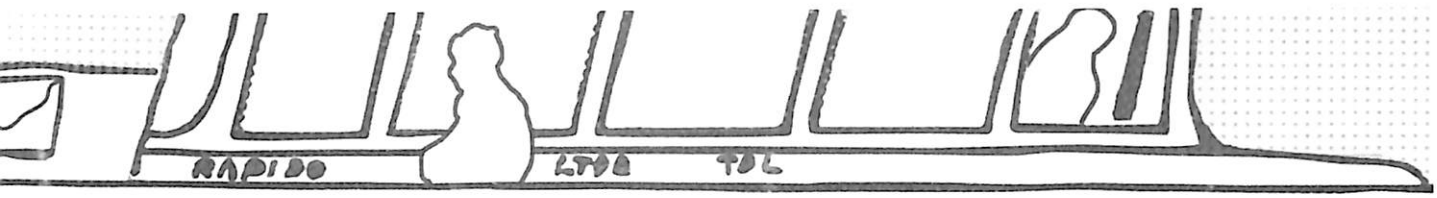
Un buen día, los estudiantes lo llevaron a la granja de Tibaitatá donde debían hacer unas prácticas.

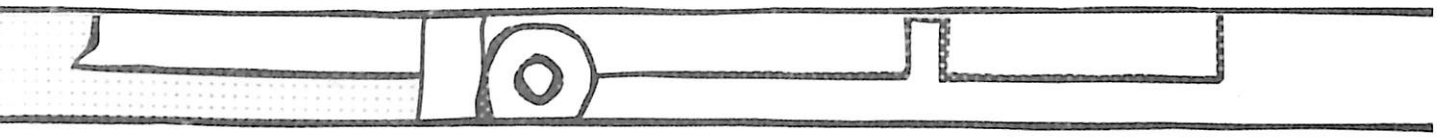
Pero ocurrió que se olvidaron de Fermín para el regreso y sólo lo comprobaron cuando ya el bus los había repartido. Lo buscaron infructuosamente al día siguiente pero no pudieron hallarlo. 17 días después, Fermín fue apareciendo por la facultad todo flaco y demacrado. No había dudas, se había venido caminando desde Tibaitatá y no pudo disimular su disgusto con los amigos que pudieron olvidarse de él.

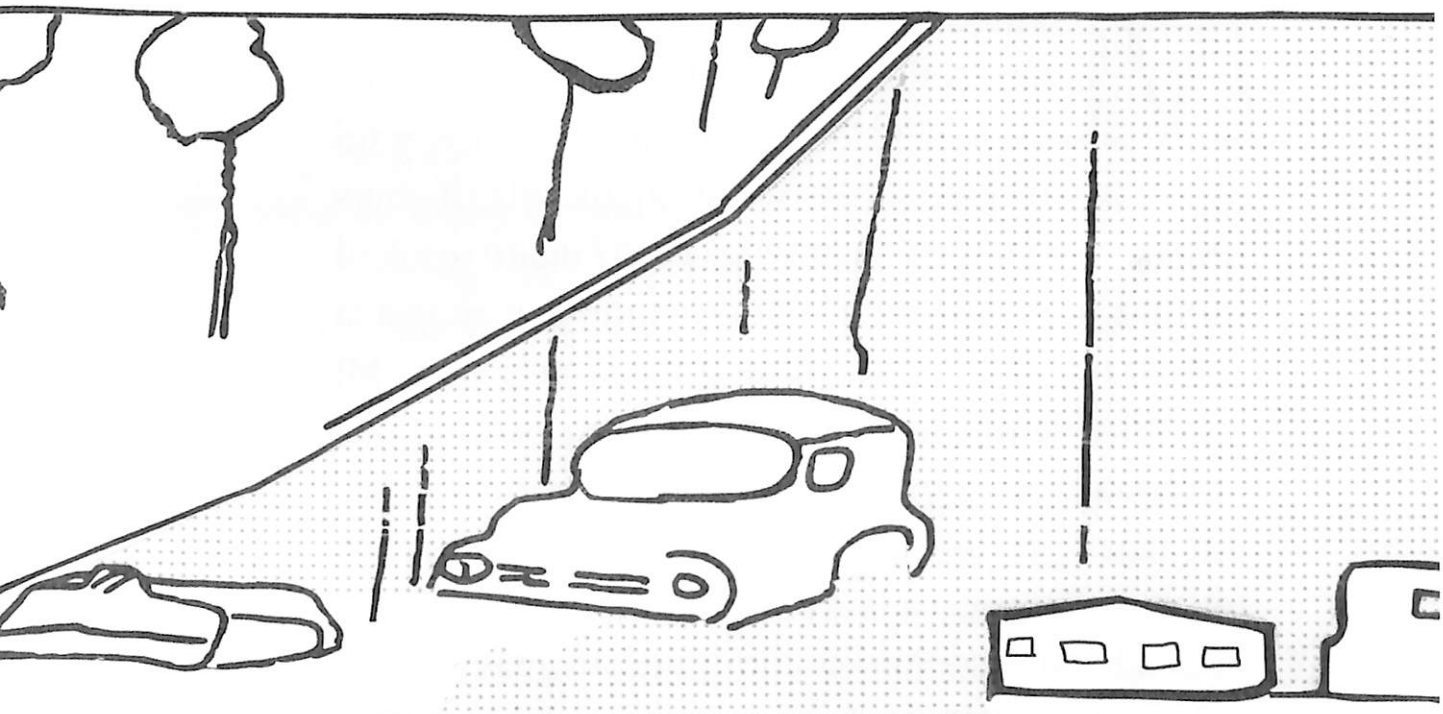
Últimamente Fermín andaba mal. Los 18 años de vida, pesaban sobre él; estaba viejo, cansado y ya no se sentía capaz de ladrarle ni siquiera a un policía. Caminaba con dificultad y sus movimientos eran lentos, pesados.

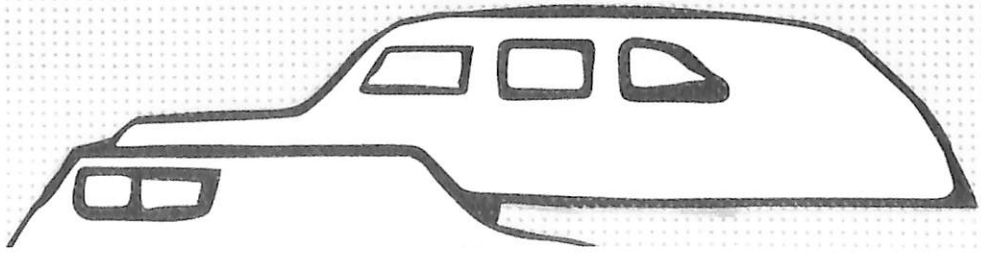
El sábado, a las cuatro y media de la tarde, Fermín cerró definitivamente los ojos. Un celador lo acompañó en sus últimos segundos de vida. Fermín fue guardado en el cuarto frío y con todos los honores del caso fue sepultado. Todos los estudiantes, profesores, celadores y demás personas que lo conocieron, desfilaron por las calles de la Universidad cargando el féretro de madera que contenía el cuerpo del perrito. Hubo ofrenda floral, requiem y discurso de un estudiante, antes de enterrarlo definitivamente en el jardín de la facultad.

UN RÍO PARA UN PUENTE


RAPIDO





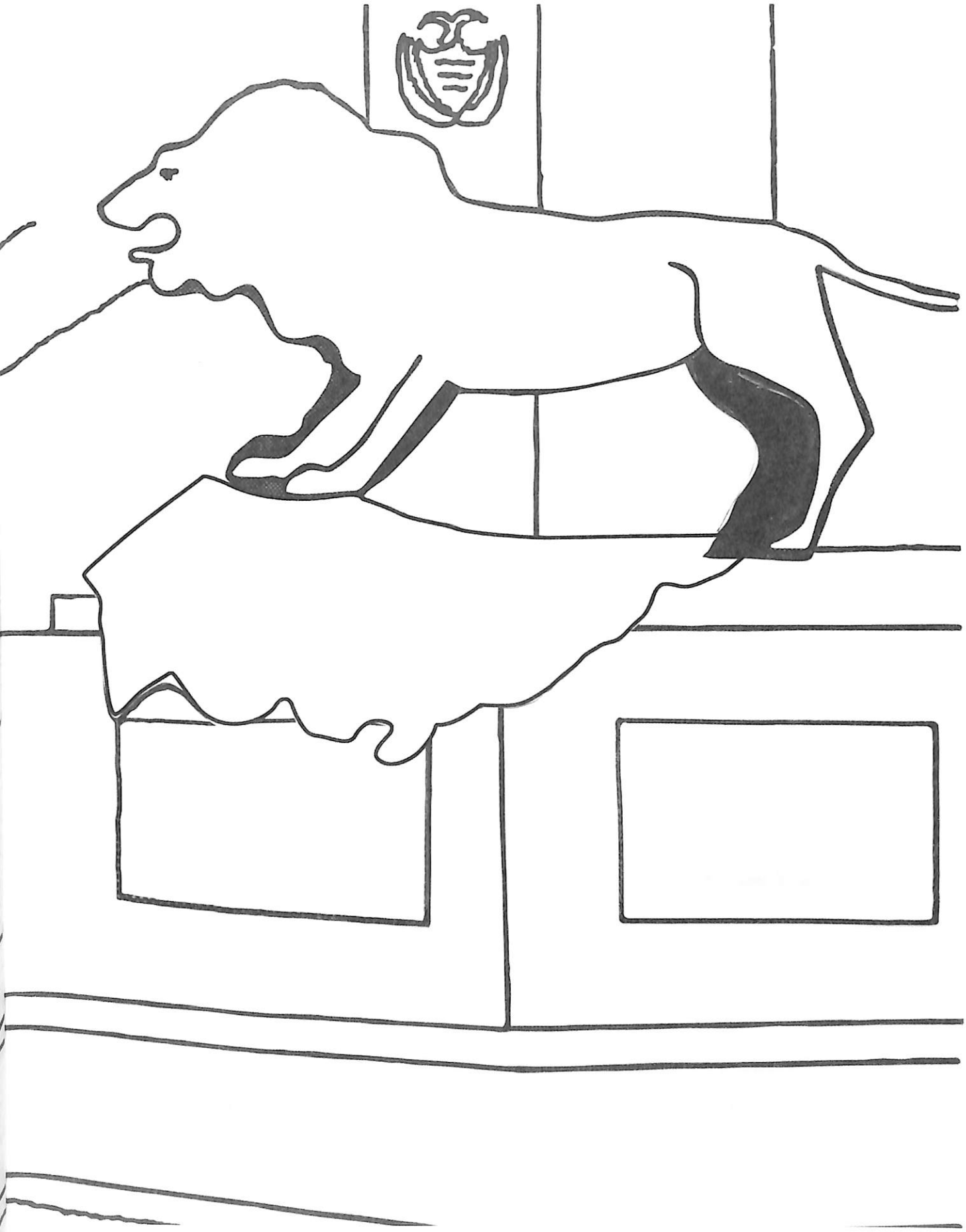


UN RÍO PARA UN PUENTE

Mi madrina, Luisito y yo íbamos a recoger a una señora que estaba visitando a su hijo en la clínica. La señora no ve bien y mi madrina decidió que fuéramos a buscarla. Íbamos a bajar por la Avenida Jiménez pero Luisito resolvió tomar los puentes de la 26. Cuando llegamos a la carrera 3ª llovía fuertísimo y no se veía bien. Mi madrina le dijo a Luisito que tuviera cuidado con el agua. "Yo soy un buen timón", le respondió. Al bajar por la calle 26 el agua arreció. Cuando íbamos llegando a la Avenida Caracas un taxi que iba adelante se varó y como venían más carros, quedamos sin poder seguir ni para adelante ni para atrás. El agua seguía cayendo por todas partes. Por encima de los puentes parecían una regadera y por debajo, una piscina. Y el carro se comenzó

a inundar. Mi madrina se asustó y Luisito le dijo: "No se preocupe mamá que de aquí salimos". Pero el carro se siguió inundando, inundando y Luisito se salió y se subió a la capota. Mi madrina me dijo: súbase, hijo, sobre el espaldar. Y yo le hice caso y también ella se subió toda engarruñada en el asiento de atrás. Poco después Luisito me recibió en la capota, mientras gritaba: Auxilio! Bomberos! Policía! Unos escobitas se empelotaron y se echaron al agua y sacaron a mi madrina por la ventana. Mi madrina se botó al agua y como sabe nadar, nadó y salió. Los señores escobitas me sacaron a la orilla. Y así nos pudimos salvar. Unos señores nos recogieron y llevaron a la casa. Lo primero que hice fue tomarme mi aguapanela caliente con limón. Y sobre todo el agua estaba tan fría.

LA VIDA EN EL CUARTEL



LA VIDA EN EL CUARTEL

A lo largo de la carretera están las casetas donde duermen los soldados. Los nombres de las casetas fueron tomadas de las batallas de Independencia. Debajo de las camas-literas se encuentran los utensilios de los soldados: una caja de madera, dos pares de botas y una tula para guardar la ropa interior. Para los soldados se ha instalado un escaparate común donde guardan el uniforme verde oscuro. Encima de la almohada de cada cama sobresale un casco de metal.

Allí, a las cinco de la mañana, empieza el día para el corneta Óscar Elías Grajales. Se prepara para tocar la diana cuando todavía está oscuro afuera y el gallo no ha empezado a cantar. A esta hora se inicia la vida del cuartel.

Los soldados se levantan, se bañan, se visten, tienden las camas y salen con sus jarras para el desayuno. Todo eso, en media hora. Se dirigen al

comedor donde reciben café con leche con un pan. Grajales no tiene tiempo para desayunar sentado. Mientras camina, muerde el pan y toma sorbos de café. Luego, apaga las luces y prepara el pabellón que se izará a las siete de la mañana.

El aseo empieza a las siete y media. El oficial de servicio reparte el personal a las distintas áreas del pabellón. Los soldados recogen las hojas que cayeron de los árboles durante la noche, limpian los patios y lavan la carretera del cuartel. El león que se alza imponente en el monumento al Soldado Colombiano recibe su baño de un soldado, que, impávido, parece desafiar al rey de la selva. Otro soldado saca de un costal racimos de lechuga, los lava y limpia con esmero en una pileta de agua clara. Es la comida para los conejos que están en el zoológico del cuartel.

A las siete y cuarto llega el Comandante del Batallón. Grajales da el anuncio de su llegada haciendo

SALA DE ESTUDIO
02744

resonar la trompeta nuevamente. Hoy es un día especial en el Batallón: se prepara la revista de gimnasia. En un extremo de la carretera que atraviesa el cuartel un grupo de cien hombres espera el llamado para entrar al campo de parada. Algunos descansan sentados en el pavimento, visten una camiseta que una vez fue blanca pero está grisosa por el uso, y pantalones de dril habano. El pito de un suboficial les da la orden de ponerse de pies. El coronel dirige el ensayo desde la azotea de una de las instalaciones, impartiendo órdenes de corrección de los movimientos por un micrófono. Su voz hace eco en las paredes de las casa que rodean el cuartel. Una banda toca canciones populares acondicionadas por el director a ritmo de marcha.

Hasta cuando llegue el momento de salir del cuartel, Óscar Grajales seguirá tocando la diana a las cinco y media de la mañana.

Este cuaderno se edita a propósito de la exposición
Beatriz González. La comedia y la tragedia. Retrospectiva 1948 – 2010
a partir de un cuaderno original creado por la Maestra entre 1972 y 1973.
Corrección de estilo a cuentos: Helena Iriarte
Primera edición: noviembre de 2011
Diseño editorial: Paula Bedoya
© Ediciones MAMM, Museo de Arte Moderno de Medellín
Cra. 44 No. 19ª-100. Ciudad Del Río. Medellín, Colombia.
www.elmamm.org // email: info@elmamm.org

C MAMM-2
001
2011

EDICIONES MAMM